



EL AMOR Y LA CÓLERA
EN TIEMPOS DE EPIDEMIA

Emilio Díaz Casero

EL AMOR Y LA CÓLERA
EN TIEMPOS DE EPIDEMIA



Primera edición: abril de 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Emilio Díaz Casero

ISBN: 978-84-19748-56-0

ISBN digital: 978-84-19748-57-7

Depósito legal: M-11285-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

1

Érase una vez un pueblo llamado El Casar de la Cumbre.

No era ni muy pequeño ni muy grande, tenía jóvenes y viejos, altos y bajos, listos y tontos, buenos y malvados, egoístas y generosos, guapos y feos, sanos y enfermos, cultos e ignorantes; un pueblo sin más, como miles a lo largo y ancho de este inmenso planeta que habitamos.

Era, eso sí, un pueblo familiarizado en ver pasar gentes de todos los colores y en varias direcciones; un pueblo viejo creado hace milenios en una encrucijada de caminos, paso obligado para quienes querían cambiar con rapidez de puntos cardinales, situado en un hermoso valle, entre verdes montañas, blanqueadas en invierno, que delimitaban el horizonte de sus vecinos, habituados a mirarlas al despertar para adivinar el tiempo, planificar el trabajo o elegir su vestuario. Un río, antaño cristalino, proveniente de esas sierras, regaba el valle y alimentaba sus campos, sus huertos y los numerosos árboles frutales que lo poblaban.

Aunque, como hemos dicho, no era un pueblo pequeño, globalmente parecía insignificante, casi no aparecía en los mapas como muchos otros a lo largo y ancho de todo el mundo, acostumbrado a contemplar el paso de la historia ante sus portales, verla en televisión o leerla en los libros. Enmarcando unas estrechas calles empedradas, sobresalían antiguas y robustas casas de piedra cubiertas a dos aguas con tejas de barro y balcones y galerías de madera igualmente techados que lo preparaban para el agua, la nieve y el frío en invierno y para acoger a los turistas en verano en casas rurales, pensiones y un hotel recién inaugurado.

Un pueblo en el que, como no podía ser menos, anidaban entre sus calles la inocencia y la maldad, la generosidad y el egoísmo, la humildad y la soberbia, la lujuria y la castidad; en definitiva, todos los pecados capitales que don Severo, el antiguo párroco, había denunciado y denunciaba con frecuencia desde el púlpito, mostrándoles, a continuación, algunas de las virtudes que se les oponían más otras llamadas teologales que el mismo cura invitaba a conseguir.

La población se llamaba El Casar de la Cumbre porque había sido en sus orígenes una pedanía de La Cumbre, pero con el tiempo había crecido y se había independizado. Esta, a su vez, también lo había hecho absorbiendo otros núcleos cercanos e incorporando más montañas a su nombre, con lo que pasó a llamarse Las Cumbres.

Las Cumbres, situado entre bravías montañas que dieron origen a su nombre, era la cabecera de la comarca y contaba con los servicios e instalaciones apropiados a su categoría, incluyendo facultades universitarias donde se podían cursar estudios cercanos y útiles a sus habitantes como Magisterio, Biología, Enfermería, Veterinaria, Ingenierías de Montes y Agrónomo y Administración y Dirección de Empresas. Más que pueblo era ya una ciudad, más urbana que rural, aunque parte de la población seguía dedicándose, directa o indirectamente, al campo.

El Casar era un municipio trabajador que compaginaba la agricultura y ganadería con industrias agroalimentarias asociadas, como empresas de conservas de frutas, verduras y mermeladas, además de queserías, almazara, bodegas de vino y fábricas de muebles, aprovechando la materia prima de los montes cercanos.

Un pueblo humilde a pesar de todo lo anterior, orgulloso de lo que tenía, que era casi todo: ayuntamiento, iglesia, escuela, biblioteca, centro de salud, emisoras de radio y de televisión, casino, bares, comercios, guardia civil, club de alterne y, sobre todo, vecinos, de todo tipo y condición, que se veían reflejados a menudo en *La Higuierita*, el periódico local, más bien una gaceta con poco más de

una docena de páginas con toda la actualidad local, pero con gran influencia en la comunidad, dirigido por don Segundo Porras, propietario y nieto del fundador, que, cuando transcurren los hechos que relatamos, está a punto de jubilarse.

Para sustituirle ha venido recientemente al pueblo desde la capital el joven Roberto Salmerón Cuadrado. Nació en El Casar, pero su familia emigró cuando él era niño a la capital y allí se crío y educó. Soltero, idealista, íntegro, aún no ha sufrido suficientes decepciones para comprender el cinismo que intenta transmitirle su director, al que siempre han querido tener de su lado los sucesivos alcaldes, lisonjeándole con prebendas y subvenciones para ponerle al servicio del poder, y que ha conseguido a duras penas mantener su independencia a costa de su ya menguado patrimonio.

En una población como El Casar no podía faltar Juanín; para todos, el tonto del pueblo: alegre, trabajador y solícito, saluda a todo el mundo con su voz aflautada y su sonrisa infantil, y que, cuando suceden los hechos que se van a narrar, ya pasa de los cuarenta años. Un Juanín al que ahora, según Ofelia, la nueva psicóloga del centro médico, hay que llamarme discapacitado, aunque él se molesta por ese nuevo y raro nombre y suele recitar a viva voz y sin venir a cuento una frase que ha escuchado y que es como su tarjeta de presentación cuando se cruza con algún vecino por la calle:

—¡A follar, a follar, que se acaba el mundo!

—Sí, Juanín, lo que tú digas.

—Estos tontos siempre están pensando en lo mismo.

Es un hombre alto, desgarbado, con el pelo rizado, delgado y fibroso, gana a pulsos a la mayoría de los mozos del pueblo, siempre activo, mirándolo todo con sus grandes ojos saltones y su amplia sonrisa que muestra su dentadura rebelde, sucia y con mellas. Suele acompañar al cura en las procesiones saltando y dando vivas a la Virgen de los Montes, aunque, a veces, para pasmo y risa de la concurrencia y el enfado consiguiente del cura, también suelta su frase preferida.

—¡Calla, Juanín, ahora no!

El edificio más importante del pueblo, al que vigila desde hace muchos años, es la iglesia. Se trata de un espléndido templo románico que domina todo el valle y adonde acuden forasteros de pueblos vecinos para celebraciones como bodas, bautizos o comuniones. Lejanos antepasados del conde actual que aportaron su dinero y la influencia de un importante clérigo nacido en el pueblo, el obispo Melgar, fueron la causa de que el pueblo disfrutara de una iglesia más propia de una gran ciudad, junto al monasterio cisterciense ya desaparecido debido a desamortizaciones varias, guerras civiles y ocupaciones extranjeras.

La iglesia está dedicada a Nuestra Señora de los Montes, patrona del municipio, con su leyenda milagrosa asociada, que se celebra el quince de agosto, la fecha grande de las fiestas de El Casar de la Cumbre.

El templo sobre una planta de cruz latina posee tres naves: las laterales, de menor altura, con la cabecera, ábside y presbiterio, orientada al este; el pórtico dominado por el rosetón al oeste, de cara a la plaza Mayor y al norte, y la majestuosa torre campanario cuadrada con cinco parejas de ventanales alargados coronados por la cruz que domina todo el municipio y se ve desde leguas de distancia. El edificio, de piedra granítica, está sustentado por muros y columnas redondas con arcos de medio punto y bóveda de cañón en la nave central y de crucería en las naves laterales. Bajo la cabecera se accede a la cripta, donde se encuentra la tumba del obispo Melgar y del conde Estanislao Trueno, señor de la zona y antepasado del actual conde de los Montes.

Junto a la iglesia, frente a su entrada lateral, en el lugar del antiguo claustro del monasterio, hoy desaparecido, se encuentra la rectoría, donde viven los dos sacerdotes que la atienden: don Agapito, el actual párroco, y su predecesor, don Severo. El cura joven parece a trasmano de los tiempos y es más tradicional que su antecesor: inflexible, apegado a la liturgia y a las formas, como recién salido de Trento. Por el contrario, el veterano se muestra más dialogante y abierto, más condescendiente con las miserias ajenas, más peca-

dor, según se reconoce él mismo, mortificado por los pecados de la carne, que han sido siempre su punto débil.

Don Severo se acerca a los ochenta años, aún tiene abundante pelo corto y cano, y unos grandes ojos oscuros escondidos tras sus gruesas y albas cejas. Hace tiempo que dejó la sotana. Vestía como un campesino más, con botas, pantalón de pana, un recio jersey y su sonrisa siempre a punto. Cuando llegó el joven párroco le obligó a ponerse el alzacuello, y, aunque le molesta porque le ahoga, obedece, sumiso. No quiere crearle más problemas, bastantes tiene ya con bandear los tiempos que corren. Su figura recia y un tanto encorvada se levanta, pesada, del reclinatorio de la capilla lateral de san Benito donde ha estado rezando por sus debilidades y se dirige, cabizbajo, con las gafas de cerca colgando de su cuello, hacia la sacristía mientras sus pisadas resuenan en la iglesia oscura y desnuda de fieles a esta hora de la mañana.

La iglesia preside una amplia y porticada plaza Mayor cuadrada, con el ayuntamiento al frente y nobles edificios en los costados. La plaza tiene un amplio pilón redondo en el centro, utilizado antiguamente como abrevadero de animales y rehabilitado posteriormente como fuente ornamental. De todas formas, a veces, se utiliza como correctivo popular para indeseables varios al grito de:

—¡Fulanito, al pilón!

Es una forma de justicia popular, tanto para castigar actos reprobables como para celebrar el éxito de algún vecino. En el primer caso es una humillación para la víctima y, en el segundo, un honor. Los primeros se refieren a actitudes condenables que no son delito, pero que el común de los mortales del pueblo rechaza: una buena chica embarazada abandonada por su pareja, un lío de lindes resuelto a la brava, una ocupación de terreno por animales que destrozan las huertas, alguna pelea o humillación pública sin sentido, etcétera. En cuanto a los segundos, siempre que algún vecino destaque en alguna actividad, saque unas buenas oposiciones, sea entrevistado en la prensa o televisión nacional, consiga jugar al

fútbol en uno de los grandes o ayude en unas inundaciones, merece ser homenajeadado y remojado en el pilón.

La justicia suele ser ejecutada por los jóvenes mozos y, después del hecho, dependiendo de cómo lo afronte el condenado, el pecado se olvida o se encona. Si el infractor muestra arrepentimiento y se lo toma bien, el pueblo lo suele indultar. Pero si no es así, la condena da paso al ostracismo social, al desprecio y al olvido, y el individuo sabe que no tiene ya ningún futuro en la comunidad.

Lo que en ningún caso soporta la gente es la soberbia. Incluso algunos homenajeados han sido descabalgados del podio popular por tomárselo mal, por engréidos o por vanidosos. Ya lo dice el entrenador de fútbol a los chicos: «Hay que saber ganar y saber perder, tan importante es una cosa como la otra, en ambos casos se conoce a los buenos deportistas y, por extensión, a las buenas personas».

Aunque a los habitantes de El Casar, como acabamos de comentar, no le han gustado históricamente los soberbios, han observado recientemente cómo han empezado a florecer entre sus convecinos preocupantes signos de ese mal.

Lo que no podían imaginar es que iban a recibir una dosis extraordinaria que les iba a complicar su existencia y a querer aborrecerlos de por vida.

2

Frente al pilón, el amable y fresco cadalso del pueblo, en un lateral de la plaza se encuentra un establecimiento cuya visita es imprescindible para respirar el ambiente local. Se trata del Bar Toño, ideal para desayunar o tomar un café, el aperitivo o las cañas, las copas de la tarde o comidas preparadas en cualquier momento con cariño por Tomasa, la mujer del propietario.

Situado en los soportales de la plaza Mayor, lleva varias generaciones siendo testigo de la vida de sus vecinos. No hay alegría o pena en el pueblo que no sea acompañada de un café, una caña o un vaso de vino en su barra.

Abierto a todas horas, ya que los dueños viven encima, es el lugar de encuentro por excelencia del pueblo. Hervidero de chismes y rumores, centro para celebraciones de alegrías y disgustos, lugar de algunas broncas sonoras, se puede sentir, apoyado en su barra, cómo respiran los paisanos. Roberto, el periodista, pasa todos los días para oler el ambiente, detectar algún rumor, fiesta o aniversario de determinado vecino ilustre, escuchar algún agudo comentario sobre las ideas peregrinas del alcalde o la situación del país. Allí se comentan y analizan las noticias locales, nacionales y mundiales, ya que, aunque puede parecer un pueblo perdido entre montañas, está abierto a las informaciones y al devenir del mundo.

Bar, cafetería, restaurante, casino, despacho de lotería y prensa o venta de productos de la tierra es, en sí, como un pequeño centro comercial que el dueño actual ha ampliado, adquiriendo un local adjunto. Fundado por el abuelo del vigente propietario, siempre se

ha llamado Toño, lo que ha obligado a los descendientes del fundador a continuar asimismo con su nombre, se llamasen o no del mismo modo. El Bar Toño es, desde hace tiempo, una celebridad en la comarca.

Actualmente, el hijo de Toño, Toñín, atiende a los jóvenes a la izquierda de la taberna mientras los viejos charlan discuten o juegan al tute o dominó junto a su padre. Es este un hombre sonriente y amable, sobrado de kilos y escaso de pelo, que pontifica sin despeinarse, realiza muy serio agudos comentarios con retranca y que siempre tiene a mano una copa de verdejo bajo el mostrador que toma cuando cree que no le observa la parroquia, que le suele decir:

—No te agaches tanto, Toño, que te va a dar lumbago y aquí todo el mundo sabe lo de tu copita de verdejo.

Música, ruidos de vasos y copas, voces, discusiones y risas se mezclan a diario en el bar unidos por una larga barra, pero con dos ambientes bien diferenciados: el de los jóvenes y el de los mayores, resumiendo, aunque las fronteras no están claras y se pueden encontrar de ambos tipos en cualquiera de las dos partes, sin asombrarte y sin problemas. A veces, incluso Toño, con habilidad comercial, provoca esa rivalidad con concursos, campeonatos o partidos de fútbol en las fiestas para regocijo de la vecindad: los Toños contra los Toñines, donde nunca está claro dónde está la línea divisoria entre unos y otros.

Existen también diferentes ambientes según la hora del día: ajetreo en el desayuno, ambiente a la hora del aperitivo y comida, juegos de mesa en la sobremesa, aperitivo antes de cenar, y copas, barullo y juventud después de la cena hasta el cierre. Los paisanos disfrutan y discuten juntos viendo el fútbol, los toros, las procesiones o cualquier acontecimiento interesante para ver y comentar en compañía, tomando una caña o un vaso de vino con una buena tapa, como las que prepara Tomasa con esmero.

En el bar son famosas, sobre todo, las partidas de tute y de dominó, aunque algunos también juegan al mus, y otros como don

Torcuato, que a veces se trae su ajedrez para echar una partida con quien acepte su reto. Algún vecino accede, aunque ninguno consigue ni siquiera hacer tablas con el viejo maestro.

La de tute está formada habitualmente por don Severo, el viejo cura que ya conocemos; don Rafael, el médico; don Torcuato, el maestro jubilado, y Atilano, un avisnado comerciante. Se sientan en una mesa esquinada junto a una ventana que da a la plaza, donde ven y son vistos por sus paisanos.

Don Rafael es una figura plenamente entroncada en la comunidad. Es el viejo médico del pueblo y lleva cuarenta años cuidando la salud de sus convecinos. Grande y fuerte como un oso, camina un poco encorvado, mira a la gente de arriba abajo, tiene una voz potente y brava que atruena el bar cuando «canta las cuarenta» o dice que «arrastra» jugando al tute. Aunque su voz puede ser de trueno si se enfada, habla con dulzura a los pacientes, incluso cuando les riñe, que es a menudo. Da confianza, es cariñoso, tiene un imponente y desmesurado bigote ya plateado a juego con su abundante pelo, ojos claros, pobladas cejas, grandes orejas, mofletes sonrosados y sonrisa fácil. Ha traído al mundo a gran parte de la población del pueblo, ha asistido con don Severo a moribundos en sus últimos momentos, ha curado gripes, sarampiones, pulmonías, caídas de caballo y de escalera, roturas de huesos, heridas de trabajo y accidentes de todo tipo siempre con dedicación, solicitud, una sonrisa calma y una voz hermosa y grave de locutor de radio.

Fue el primer médico nacido en el pueblo que ejerció en su tierra y por eso fue bautizado con honores de joven en el pilón. Desde entonces ha curado mucho y es querido y respetado por todos. Su alto corpachón caminando por la calle Mayor, con su maletín en la mano izquierda y su cigarro en la derecha, es una imagen tradicional y amigable de El Casar.

—Buenos días, don Rafael.

—Buenos días nos dé Dios.

Aunque ya debería estar jubilado, siempre está dispuesto a atender al que se lo solicita, aparte del consultorio local. Tremenda-

mente humano, sencillo, preocupado por las personas, odia lo artificial, la frivolidad, la impostura, la mentira y la farsa. No soporta a los irresponsables o informales, los vendedores de humo o los charlatanes.

—A los políticos, en definitiva —resume él, sonriendo.

Tiene dos hijos que viven fuera, en la capital: un médico famoso, que se llama como su padre, y una abogada de divorcios, Rosalía, como su abuela. No son las actividades que hubiese elegido para sus hijos. El médico es dentista, tiene una consulta privada, gana bastante dinero y es un profesional eficiente que no se involucra para nada en la vida de sus pacientes. Trabaja de ocho a cinco de la tarde, como en una oficina, y la abogada se dedica a normalizar rupturas matrimoniales. Según ella:

—A la pareja se la conoce en el divorcio y es bastante deprimente comprobar la miseria humana de gran parte de las personas. Nosotros intentamos que no se maten y que el reparto de todo sea lo más equilibrado posible. Las cosas materiales, contables al fin y al cabo, son más fáciles de repartir. Lo difícil es lo relativo a los hijos y, sobre todo, a los numerosos bienes intangibles, como el amor, la dedicación, la ilusión, las ganas, las expectativas, las renunciaciones, etc., que cada uno cree haber puesto o invertido o gastado o regalado en la relación. En esto, el resultado siempre es frustrante para todos.

Su yerno, Augusto, es abogado como su hija, pero trabaja en un bufete empresarial, mientras que su nuera, Amanda, que estudió turismo y decoración se dedica a organizar eventos, bodas principalmente:

—Nos complementamos bien, yo ayudo a casarlos y tú a separarlos —suele decirle en broma a su cuñada, en las comidas familiares.

Don Rafael no habla mucho con ellos, su vida y sus valores se han alejado mucho de lo que aprendieron en casa. Su mujer lo hace más y está orgullosa de la posición y el dinero que tienen. A sus nietos, tres adolescentes, casi no los ve y, cuando lo hace, no

sabe de qué hablar con ellos. Cuando eran pequeños jugaba mucho con los niños y, paradójicamente, se comunicaba más con ellos que ahora que son mayores. Vienen poco al pueblo y si los abuelos acuden a la capital, apenas los ven en casa, la comida y poco más. Se encierran en sus habitaciones con sus juguetes electrónicos o se van con sus amigos.

En el pueblo, su día a día transcurre entre sus viejos pacientes, sus charlas y partidas de tute en el Bar Toño y en su casa, cultivando su afición de artesano de la madera en su garaje y con su mujer, Teresa, que es profesora jubilada de instituto y a la que adora. Es un hombre activo, siempre en marcha, positivo, amable, indulgente con todos menos con los imbéciles que, «por desgracia abundan mucho», sentencia. Con ganas de vivir, se siente joven, aunque su cuerpo ya le dice lo contrario.

Uno de sus mejores amigos es don Torcuato, el maestro jubilado. Compañero de partida de tute, inteligente y culto, viudo, solitario, bebedor, puntilloso, maniático y muy alejado de los gustos y preocupaciones de la sociedad actual. Con aspecto de ave rapaz, es un hombre siempre bien vestido, alto y delgado, agudo, listo, irónico y desencantado de la izquierda y de la vida.

—Cada vez tienes peor genio, Torcuato. Estás amargado y nos amargas a los demás.

El viejo maestro mira fiero a su amigo, pero, al poco, su semblante se relaja. El rostro amigable y la sonrisa siempre presta del doctor dulcifican su discurso:

—Perdona, tienes razón, pero cada vez me siento más fuera de este mundo. Acabo de perder a un amigo de juventud y son ya muchos los amigos y conocidos que no están, empezando por mi mujer, que me dejó un vacío que aún no he podido llenar. No solo es que tenga nostalgia de la juventud, de cuando mis ilusiones y facultades estaban intactas, sino que también echo de menos mis soportes vitales, los que me han acompañado y formado a lo largo de mi vida, noto la inmensa pérdida de mis costumbres y de mis referentes en cultura, música, política, etc.

—Eso es cierto, pero hay que luchar contra ello. Según vamos cumpliendo años, y nosotros ya estamos en la cuesta abajo, es muy importante no desengancharse de la vida, ilusionarse con algo, ocupar el tiempo y no pensar tanto en el pasado, porque eso es inútil y solo lleva a la depresión y a la melancolía.

—Tiene usted razón, doctor, como casi siempre, pero me cuesta mucho empezar algo de nuevo. No tengo su vena artística. Solo Alba y mis dos nietos me dan alegrías y justifican mi vida. Y ahora también sufro por ellos.

Alba es su única hija, la maestra actual, seria, trabajadora, idealista, feminista, guapa, inquieta, hiperactiva. Fue vecina y novia de juventud del actual alcalde, Epifanio, que la engañó cuando fue a la universidad. Ella lo pasó mal y al tiempo se consoló y se casó con Rodrigo, un joven del pueblo que siempre había estado enamorado de ella, un buen hombre, serio y trabajador que tiene una gestoría de asesoría fiscal y financiera, pero aburrido y poco ambicioso. Pragmático, casero, poco romántico e imaginativo para una mujer como Alba, de carácter muy diferente. Después de varios años de matrimonio y dos hijos, se acaban de separar.

—Mi hija dice que no es feliz. Este Rodrigo siempre me pareció muy poca cosa para mi Alba.

—Pero es buen chico y no le va mal con su negocio.

—No es eso. Ya sé que es trabajador y gana dinero. Pero su alma está demasiado apegada a la tierra. Mi hija necesita más poesía, más imaginación, más aventura. Sin sueños no se puede vivir. Ella no.

—Lamentablemente, Alba no ha tenido suerte con los hombres. El primero era, y es, un sinvergüenza que miente más que habla. Y este, un contable que solo sabe de números.

El último componente de la tradicional partida de tute y el más joven, sobre los cincuenta años, y pareja del cura, es Atilano, el comerciante por antonomasia del pueblo. Dueño de variados negocios, como una tienda de electrodomésticos y supermercado, entre otros, es un hombre bajo, gordo, calvo, simpático, activo,

casado, con tres hijos, dos en el negocio que hacen la competencia a las tiendas de chinos. Tiene estudios básicos, pero es una persona sensata y un trabajador incansable que siempre intenta encontrar un hueco para la partida. Muy socarrón, se hace más tonto de lo que es, pero es listo para los negocios y, aunque es muy estricto con el dinero, «cuesta mucho ganarlo», dice, siempre está dispuesto a echar una mano al que lo necesita. Entre sus tres ilustrados compañeros de partida, destaca por su sentido común, su agudeza, su campechanería y su humildad:

—Me gusta rodearme de gente más lista y que sabe más que yo. Así aprendo. Como no fui a la universidad, tengo que aprender ahora de mayor y lo hago con gusto, con lo mejor del pueblo.

A otro lado del bar, junto a otra ventana que da a los soporales, se encuentra una mesa de hierro con un tablero de mármol blanco donde juegan la partida de dominó el conde don León, su pareja, el farmacéutico Bermúdez y sus contrincantes, el sargento de la Guardia Civil, Troncoso, y Salustiano, un joven agricultor. La mesa es la más ruidosa del bar. Sus golpes con las fichas en la mesa acompañando al grito de un «pito doble» o a un «cierro» son oídos en mitad de la plaza.

El último conde de los Montes es un hombre culto y de gran inteligencia, aunque nunca la ha ejercitado ni en su provecho ni en el de la comunidad. Se podría decir que ha desperdiciado su talento. Terrateniente viejo, es un hombre rico venido a menos que no ha trabajado en su vida. Fue niño de papá, joven revolucionario de salón y abogado sin llegar a ejercer nunca. Cuando murió su padre y tuvo que ocuparse de sus negocios, fracasó empresarialmente en todo lo que inició no por falta de capacidad, sino de dedicación o de interés en los asuntos de sus empresas. Estos nunca le gustaron, como tampoco el trato con la élite política, social y empresarial que le correspondía por linaje, aunque los conoce bien y tiene una muy buena agenda de contactos y secretos de varias generaciones.

Viudo, con dos hijos tan inútiles para los negocios como él que viven en la ciudad administrando las rentas que les correspondie-

ron en herencia al morir por sorpresa su madre, se volvió al pueblo al morir su esposa, de la que ya estaba separado, por lo que a sus hijos y nietos casi no los ve. Actualmente es un viejo verde, golfo, escéptico, desencantado de la vida, que apura su fortuna con alegría, dilapidando, poco a poco, el patrimonio heredado de sus antepasados, que se remontan a la Edad Media.

Vive en un destartalado palacete a las afueras del pueblo, cerca de la casa rosa, con solo un par de personas de servicio, su antigua cocinera y una sirvienta para la limpieza; el resto han tenido que abandonarle según menguaban sus ingresos. La casa es un museo desordenado atiborrado de muebles, cuadros y libros antiguos, aunque los de más valor ya han sido subastados para tapar los abundantes huecos de tesorería del dueño de la casa. El palacio de la familia, que se encontraba en Las Cumbres, hace tiempo que fue adquirido por el Gobierno y convertido en parador nacional.

De su residencia actual, solo el garaje mantiene su esplendor con una docena de coches antiguos, que es la única pasión confesable del señor conde, mantenidos y puestos a punto por él mismo y por su mecánico, Pepe, al que llama Sinatra porque canta, y bien, cuando trabaja o conduce uno de sus autos.

Tiene una imponente colección que ha ido menguando con los años, pero que aún conserva parte de su esplendor de antaño. Separados en dos enormes garajes adosados a la casa, destacan en uno los lujosos clásicos, como un Bentley, Rolls Royce, Jaguar, Cadillac, Hurtan o Morgan, y en el otro los clásicos americanos de los años cincuenta, como un Buick Century 1958, Buick Especial 1953, Lincoln Capri del 1959, un Plymouth Fury de 1957 y un Cadillac Series 62 de 1946.

A pesar de su escasez de tesorería, en la vida y en el juego mantiene el tipo.

—Abundio, ¿por qué no me ha tapado usted ese cinco?

—No podía, me habrían ahorcado el cuatro doble.

—¡Yo soy mano, al diablo con su doble! A usted no le han ahorcado, pero a nosotros nos han jodido.

Su compañero, que aguanta estoico la bronca bajando los ojos, es el farmacéutico, Abundio Bermúdez, hombre de mediana edad, rubio, con grandes entradas, delgado, cara alargada, nariz aguileña, prominentes pómulos y ojos pequeños que casi desaparecen tras sus gafas metálicas. Parece apocado ante el conde, a quien mira por encima de sus gafas antes de mover ficha.

La mujer de Abundio, Alicia, es muy estirada y ambiciosa, quiere estar a la última, tiene un carácter fuerte y le desagrada el pueblo. De familia rica, tiene ansias de grandeza, le gusta la buena vida, la ropa cara, las joyas y los viajes al extranjero. Su marido, según piensa ella, no está a la altura ni en la cuenta corriente ni en la cama. Ella insiste en que cultive la amistad con el aristócrata y en que le presente a gente importante en la capital, adonde ella quiere irse a vivir.

Sus tradicionales oponentes son el sargento Eustaquio Troncoso y Salustiano Requejo, a quien todos conocen por Salus, una pareja recia y fuerte, correosa en el juego y en la vida, observadores y de pocas palabras, salvo en el juego.

Troncoso, como lo conoce todo el mundo, es de estatura media, moreno, poblado bigote, nariz recta y ojos negros que escudriñan a todo el mundo como queriendo adivinar sus pensamientos. Llega a incomodar esa mirada inquisitiva, de policía que sabe, o intenta averiguar, los secretos y debilidades más íntimos de sus vecinos. Estudioso, concienzudo, paciente y tenaz, tiene las virtudes de un sabueso y por eso es admirado en el cuerpo y entre sus vecinos por su rigor en el cumplimiento de su deber.

Aunque no es natural del pueblo, lleva tiempo como jefe de puesto, aquí se casó y aquí ha echado raíces y formado una familia. Está casado con Marieta, una enfermera rubia pequeña, simpática y cariñosa que trabaja en la residencia de ancianos y con la que tiene tres hijos pequeños. Salustiano es primo suyo, un hombre de campo, trabajador como pocos, grande como un castillo y que se lleva muy bien con sus hijos, con los que juega y sale a pasear por el campo en su caballo o en su tractor.

Otros habituales del bar que a veces se incorporan a alguna partida, ya como mirones, ya como participantes si falla algún titular, son la veterinaria Mercedes, alta, fuerte, desgarbada, simpática y enamoradiza; el secretario del ayuntamiento, Ignacio Camardiel; Ramón Oliva, el jefe de policía municipal, y algunos vecinos desocupados que abundan por los alrededores de la plaza.

Además, acostumbran a pasar por Toño don Segundo Porras, director y propietario de *La Higuera*; el dueño del nuevo club de la carretera, Corrales, empresario y suegro del alcalde, y el constructor Matías Sepúlveda, grande y orondo, moreno, con nariz y ojos de lince y dinero abundante siempre en el bolsillo, cogido con un clip, que saca para resolver cualquier entuerto, venga o no a cuento, como le reconviene su mujer, Eva, que le acompaña a menudo y que es todo lo contrario a él: pequeña, dulce, morena, guapa y con unos ojos grandes e inquietos.

Los políticos, alcalde, concejales y funcionarios no lo hacen a menudo últimamente porque saben que no son bienvenidos y prefieren el casino o el bar del hotel, más elegantes y discretos para sus reuniones de objetivos poco claros.

Como ya hemos dicho, un personaje que no falta es Salmerón, el joven periodista de *La Higuera*. No puede disimular su atracción por la hija pequeña de Toño, Mara, una espabilada muchacha informática, rebelde, simpática y lista que a veces ayuda en el bar de la familia. Entonces, Roberto olvida su profesión y no tiene ojos más que para ella. Levanta la mano para llamarla, pide una caña y se le queda mirando.

Los amigos se ríen y pregonan en voz alta mientras Mara desaparece en la cocina:

—Señor periodista, se le cae la baba, está manchando la barra.